

La debilidad mental: un caso de clínica en institución.

Claudia Lijnstens, Eduardo Abello.

La debilidad mental se especifica por el malestar del sujeto respecto al saber. Pierre Bruno (Ornicar? n.37) hablaba de una "resistencia sostenida contra todo lo que pudiese negar la veracidad del Otro del significante, para mejor protegerse de las dudas que le surge, respecto del Otro de la ley". Este es el caso de nuestro paciente. No tolera el vacío, las frustraciones; lo que no consigue lo descontrola. Portador de una enfermedad congénita que tiene su rasgo característico en la hiperfagia, el correlato de ello en el cuerpo de "J." es que su panza debe estar siempre llena, y en el sujeto, que sus actividades, hasta los crucigramas (sopa de letras) de sus ratos de pasatiempo, estén repletos.

Antonio Di Ciaccia dice que la debilidad mental permite dos lecturas diversas: la que concierne a la identificación a un significante único que sirve de salvoconducto a la cuestión subjetiva, y la que une la debilidad al objeto real de goce. (Preliminaire, n.5). "J". testimonia cabalmente de ambas. En este sentido, podemos pensar el síntoma de "J." como una suplencia subjetiva en la nominación del goce (E. Laurent), lo que nos lleva a decir que el partenaire que reúne dicha condición es precisamente la comida, es el objeto oral. Come, todo pasa por allí, hasta sus giros de lenguaje: "me lo trague", " a papá mono con banana...", "no me van a dar gato por liebre", " mordí la baldosa", y hasta "es el comer-cio lo que me gusta". Cuando la comida no es suficiente, entonces recurre al cuerpo: se rasca, se come, se hierde. Al principio, no quería ver el hueco que daba cuenta de ella, en su afán de mantener todo lleno.

A partir de su ingreso en el dispositivo institucional (Centro Terapéutico de Día) es posible determinar un viraje de posición subjetiva en relación a un posible punto de anclaje que le posibilitó una nueva manera de tratar su Otro.

"J." se presenta excluido, sin posibilidad de contactarse con otros, postrado en su cama,

desnudo, hiréndose, orinándose encima y ocupándose, desde su postración, de ordenar sin pausa ser atendido y abastecido.

Esta forma de vida se fue consolidando día a día desde la finalización de sus estudios secundarios hasta los veinticuatro años, época en la que sus padres, sobrepasados por esta situación, deciden acudir a un tercero que pudiera moderar la tiranía y obsecuencia inmanejable que había alcanzado un punto límite.

Ingresa a la institución con este signo de cierto dominio sobre el Otro, él sabía lo que el otro debía proveerle, y su insaciabilidad y demanda voraz no contemplaban tolerancia alguna.

La mostración obscena de su cuerpo y sus actos eran mas que manifiestos: "J." come en cantidades extremas, no sólo por el espacio, el monto, el lugar ocupado por aquello consumido sino por el tiempo que dedica a esta actividad. Si no come, prepara comida, va en busca de ella o "se" come, esto en relación a las incesantes laceraciones en su cuerpo que implacablemente profundiza, escarba, pellizca, para llevarse luego las manos a la boca.

Dormir era la única manera de arrancarle una tregua a la impulsión imparable de comer.

El, en su relación dialéctica al Otro hacía existir un Otro completo que tenía y sabía lo que él demandaba, una creencia en un Otro absoluto. Esto constituía su verdad.

Inmediatamente consolidó una interpretación global referida a su presencia en la institución totalmente abarcadora de todos los aspectos e implicancias, sin vacíos, sin puntos oscuros (aunque no sin contradicciones) que le permitían responder y representarse desde algún lugar. En un primer momento "Avenir" era su casa, que el compartía con algunos otros; luego, con el ingreso de mas pacientes adoptó el papel de educador, de acompañante, por ser el de mayor edad, por no padecer una "discapacidad", acompañante que no recibía paga debido a los problemas económicos de la provincia, etc., siempre con la presencia del rasgo del que ayuda, el que sabe dar a los que no tienen.

Identificado así al otro como par, "J." evita que todo rasgo diferencial se haga presente y así su ser adquiere consistencia. P. Bruno dice que "la tendencia del débil es la de identificarse deliberadamente, por una especie de elección de identidad, con este significante que en lo sucesivo dará respuesta a todo (equivalente a un nombre propio) y le servirá para volver caduca la lengua como fuente de equivoco."

Es así que su enunciado traducía siempre, el imperativo de una orden, sin comprender ninguna negativa. Su enunciado era sin remitencia a ninguna enunciación. Su enunciado era, linealmente, su enunciado, tornándosele insoportable “leer entre líneas el fingimiento del Otro”, la falta en el Otro. “El débil no lee entre líneas del enunciado y la enunciación”. Para “J.” el mensaje que le retorna del Otro tiene una sola significación, no otra, su propia interpretación que le da sentido último al enunciado: un chiste, o un apodo tienen para él la interpretación única que él elabora: “chaval” como se lo llama cotidianamente, tiene para él el sentido de “hiena, que come mucho”. Cualquier comentario que interrogara su propio enunciado es excluido o descartado inmediatamente sin posibilidad de descifrar.

Con el tiempo, “Avenir” le proporcionó un espacio que lo alojaba, tanto en su obscenidad como en su demanda. Su exigencia comenzó a correr por los senderos de la diversidad y es así que nos encontramos con la posibilidad de construir este caso que siempre nos enseña algo nuevo.

Lentamente, los relatos que “J.” ofrecía a sus acompañantes pudieron ser incluidos en una serie que permitió situar fundamentalmente el acontecimiento o encuentro con un real que, sin poder dar cuenta de una significación fálica le otorgó un sentido particular y último a su accionar.

La posibilidad de que el joven pudiera narrar los hechos que marcaron o determinaron su “depresión”, como él denomina su estado anterior a su ingreso a la institución, fue de gran importancia y lo possibilitó la presencia descompletada del Otro encarnado en los intervinientes del Centro, que pudieron entrar en dialéctica con las construcciones de “J.” (Baio V. El sujeto mas allá del niño), siendo testigos de dicha transmisión, sin sancionarla.

“J.” hace referencia a un acontecimiento sumamente bizarro que toma para él un valor determinante en su vida: una compañera de escuela, hija de una profesora y novia suya muere en un accidente automovilístico por culpa de la ebriedad del conductor, su padre, justamente en el último año del secundario.

Algunos meses después de finalizada su escolaridad “J.” tiene una descompensación con complicaciones respiratorias que desembocan en una internación en UTI durante varios días.

Según su relato, en ese momento él muere, va al cielo, pero un ángel, que es la chica muerta, le comunica que aún no es su momento, que él deberá volver a la tierra aunque con una

condición: con cuerpo de mujer! Cuestión que explica para él (entre otras cosas) la presencia en su cuerpo de pechos prominentes y la pequeñez de su órgano genital.

El enigma de ese encuentro con la muerte, sostenido en la ruptura de la articulación significante/significado, instaurado por el vacío de la significación, no sin un previo momento de perplejidad y angustia del sujeto, da paso a la certeza que –veremos- lo impulsa a colmar la falta en el Otro.

Cada vez que lo contingente, lo imprevisto irrumpe en lo cotidiano, “J.” le otorga un sentido y una explicación totalmente certera e indiscutible, por la vía del ángel. Lo sitúa a veces bajo la forma de un presentimiento, el ya sabía que ello iba a ocurrir, “lo sentía en el cuerpo”, “son cosas del ángel”.

Tanto es así que al hablar de las heridas que se provoca en su cuerpo señala que tienen para él la explicación de estar sus pensamientos adheridos a esta imagen de la chica muerta.

Durante algunos meses se acompañó a “J.” al cementerio, a buscar la tumba, a llevarle flores. Esto permitió darle un marco simbólico a este acontecimiento significativo interrumpido, ingresarlo en la cadena significativa, no insistiendo sobre el sentido, al cual el trabajo del delirio ya había dado un lugar.

Con el devenir del tiempo la institución le permitió construir además un marco cotidiano para manejarse. El dispositivo del “trabajo entre varios” permitió esta construcción, en la medida en que la pluralización del saber, la presencia de un Otro descompletado, regulado, le permitió dar lugar a la dimensión de invención del sujeto a partir del hallazgo entre varios como lo denomina Stevens, simplemente a soportar a otros en relación a él. Ese contacto se hizo posible luego de años de imposibilidad.

Hace tres años “J.” halla otra manera, junto a uno de sus acompañantes, de hacer y de inscribirse. Encuentran un lugar en donde realizar un curso de enfermería, desafío que concluye ocho meses después con gran regocijo. Sigue a ello otra carrera, ahora de nutricionista, que actualmente está concluyendo.

Mas allá de los obstáculos que encuentra a la hora de soportar aseveraciones que vengan de otros sin poder sancionarlas según su interpretación, “J.” encuentra la manera de llevar adelante estos desafíos; en lo que respecta a él mismo, apelando a la repetición mecánica, al pie de la letra de los contenidos; con respecto a los otros, con una perspicacia asombrosa para saber a dónde ir a

estudiar, donde va a poder incluirse sin rechazo.

A la obscenidad de su cuerpo desnudo, lacerado y con la obesidad descontrolada de los primeros tiempos dio lugar, paulatinamente (y con constantes idas y vueltas), a un cuerpo mas simbolizado, con zonas o actitudes no mostrables a los otros (sus genitales, su panza, sus heridas), con una actitud frente a los otros de un tenor menos mostrativo y mas vergonzoso. Las crisis frente a las frustraciones mas banales o ante la oposición mas sutil que desembocaban en golpes con la cabeza contra las paredes, arremetidas furiosas contra objetos a su alrededor, etc. fueron disminuyendo en frecuencia e intensidad.

Nuestro intento siempre se sostuvo desde el objetivo de hacerlo, como dice E. Lurent "responsable de su goce" (Uno por uno n. 39, pág. 35). Hoy es capaz de pensar sus rascadas, de pararlas, de notar allí también el horror.

El goce que se mantenía segregado, fue cediendo para empezar a canalizarse en parte a través del Otro: Ya deja que algo de goce se le escape de la boca.

Sus heridas, antes sin palabras, son ahora un puente, un lazo posible al Otro, un llamado a que el Otro lo cure. A "J." le es más accesible encontrar abrigo en el discurso del Otro. Hacer entrar estas manifestaciones sintomáticas en un dispositivo que no las excluía, que soportaba su presencia, tuvo efectos de alivio en el sujeto, en sus padres, en quienes convivían con él.

"Avenir" le permitió un "tratamiento" de esta falta en el Otro "intragable" que "J." intentó tapar siempre a toda costa, y de su propia impotencia para ello, haciendo del Otro una presencia más a su alcance, más domesticable. La estrategia de la transferencia se centró en devolverle la palabra: al llegar a la institución, su obesidad lo ataba literalmente a una máquina de respirar que no lo dejaba hablar, sus frases se entrecortaban. El "tratamiento", que lo hizo más tolerante al Otro barrado, lo hace por ejemplo, capaz de esperar ahora un remisse sin golpear o golpearse si no llega a tiempo.

Pero el horror a la falta en el Otro, aparece también en lo referido al saber sexual.

La falta de saber sobre la relación sexual lo incomoda: es que la mujer está barrada, no hay significativo propio a su condición que la represente. Entonces, el acceso al Otro sexo, es un encuentro con la falta en el Otro, y entonces es colocado como imposible: ya bien idealizando la chica muerta, ya señalando a empleadas de supermercado, a cocineras, empleadas de la



panadería, o conocidas por internet, como depositarias de su afecto, todas detrás de una barra, de un límite físico (mesa, mostrador, pantalla).

De la misma forma, en lo que respecta al tema sexual, "J." no tiene enigmas, siempre se sostiene de respuestas. Son ellas las que abren otra consideración acerca de él, la vinculada a la estructura. A falta de un significante amo ordenador, a veces la respuesta retorna en lo real, como cuando frente al rechazo del Otro lo percibe como persecutorio (miedo), o más cotidianamente cuando la megalomanía le da las posibilidades de sostener su mundo por el lado de sentirse distinto, importante: "¿De dónde me conocés vos?", pregunta al entablar una conversación con un extraño, "cómo no se van a fijar en mí, si soy un capo", "¿no viste que me dedicaron el gol?" o levantando la mano para saludar ante cualquier bocina que se escucha por la calle.

Jean Claude Maleval (RECF n. 22, 92/98) decía que, a diferencia del paranoico que se revela y angustia frente al Otro gozador, el megalomaniaco acomoda y consiente al goce del Otro, por lo que se trataría de una regulación del mismo, que permite un capitonaje diverso al que dá la significación fálica.

Ahora, "J" sigue calculando el lugar del Otro pero, apropiándose de un nombre y de un lugar, le hace espacio.